

respetables, entre los cuales figura Balzac, y todo lo más que pueden sostener es que ciertos temas deben permanecer ocultos siempre en la sombra y que es peligroso tratarlos. No es de esta opinión el autor y para no incurrir en repeticiones aconseja á los lectores vean el capítulo XVII de esta obra. Si después de leerlo no se convencen no podrán, empero, por menos de reconocer que este libro se escribió en sério y que encierra enseñanzas muy útiles.



LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER

I

Durante el mes de febrero del pasado invierno, y en cierta noche del martes al miércoles, reinaba extraordinaria animación en la parte de la avenida de Friedland comprendida entre la calle de Courcelles y el Arco de Triunfo. Ante un hotel de estilo del Renacimiento, cuyas ventanas estaban brillantemente iluminadas, parábanse continuamente lujosos trenes, coches á la orden y de punto, de los que se apeaban invitados con el abrigo puesto ó mujeres envueltas en amplios capuchones. Atravesaban todos ellos apresuradamente la acera y ante ellos abríase una de las hojas de una puerta cochera y un negrito vestido con elegante librea, les señalaba un silencio el guardarropa situado en el piso bajo de la izquierda.

A los pocos minutos, subían todos la escalera de esculpida barandilla; los hombres de frac y las mujeres con do-

minós de todos los colores y cubierto el rostro con un antifaz. Al llegar al primer salón aquellos se dirigían, para saludarle ó estrecharle la mano, hacia un personaje de cuarenta y cinco ó cincuenta años, alto, delgado, de aspecto distinguido, que llevaba toda la barba; una barba rubia muy conocida en la buena sociedad parisién. Mientas tanto las señoras acercábanse á un joven, que se hallaba á la entrada del salón, cambiaban una señal de inteligencia, murmuraban un nombre, levantaban una punta del antifaz después de darse de este modo á conocer, internábanse en una espaciosa galería toda ella adornada con obras maestras de arte y llena ya de amigos del dueño de la casa.

Al presenciar espectáculo semejante creyérse cualquiera en el *foyer* de la Opera durante una noche de baile, pero en la Opera de pasadas épocas, de aquellas cuyo recuerdo conservan nuestros padres; de la época en que aún se sabía hablar, reír y divertirse sin escándalo ni turbulencia, en que florecía la intriga y las damas no se hallaban expuestas á oír palabras obscenas ó á ser víctimas de cínicas brutalidades. En aquella época la baraunda no había reemplazado aún al gentío, ni el lenguaje culto cedido su lugar á esas expresiones adornadas con palabrotas propias de la hez de la sociedad que hoy, por desgracia, las tolera.

Al lado del dueño de la casa, hombre de ingenio fino y delicado, demasiado quizá, para los tiempos que corremos, y verdadero literato, pero que, en literatura, no podía embarazarse ni de su innata distinción, ni del culto que profesaba al siglo XVIII y que parecía un retrato de la Tour extraviado entre lienzos de nuestra época realista, agrupábanse personas conocidas como eminencias políticas, mundanas ó artísticas.

En aquella reunión estaban en minoría las mujeres y habría sido muy difícil asegurar á que clase de sociedad pertenecían pudiéndose tal vez decir que todos los mundos parisienses habían enviado á ella sus más seductoras emba-

jadoras y si se murmuraba al oído el oído el nombre de alguna honrada mujer casada, dábase también el caso de que una mundana á la moda ó una actriz, hacían de vez en cuando traición á su incógnito. En el extremo de la galería, á la derecha de esta y ante una mesa elegantemente servida, hallábanse tres actrices célebres por su belleza.

Preparábase una de ellas á representar en uno de nuestros principales teatros, una obra en la que desempeñaba un papel de tísica y se la reconocía en sus hombros redondos y tersos, en su barbilla sensual y en su boca de incomparable frescura.

Era célebre la segunda por sus alhajas y por las interminencias del amor que profesaba á un actor muy distinguido y pretextando que hacía mucho calor habíase guardado el antifaz en el bolsillo y aparecía con todo el esplendor de su distinción y belleza y en cuanto á la tercera conservaba puesta la careta, pero adivinábase su encantadora personalidad en su mirada, que era tan incendiaria, que el verano anterior, cuando se quemó su mobiliario, sus amigos decían que había sido ella quien le pegara fuego.

¿Qué clase de fiesta era aquella en en que se reunió semejante concurrencia? ¿Se trataba de un baile? No había orquesta alguna que con sus acordes invitase á él. ¿De un concierto? No cesaba el rumor de voces ni tampoco las risas cuando un artista de reconocido mérito se acercaba al piano. Era una fiesta que no tenía calificativo adecuado y que pertenecía á su género especial; una especie de recepción con antifaz.

Un amigo nuestro, persona de trato agradabilísimo, que era teniente de navío y se hallaba en París disfrutando de una licencia semestral, se acercó, después de dar una vuelta por los salones y cambiar muchos saludos y apretones de mano con sus conocidos, tratando al mismo tiempo de descubrir algunos incógnitos, al dueño de la casa para preguntarle si no había reservado por casualidad, con su in-

teligente solicitud, un riconcito para los desgraciados que no sabían pasar una noche entera sin fumar.

—¡Ya lo creol!—respondió el señor X...—Les reservé todo el segundo piso del hotel. Atravesad la galería, volved á la izquierda, subid la escalera y hallaréis en mi despacho, y sobre la mesa, con que dar satisfacción á vuestro vicio.

—Que os quedará eternamente reconocido con vuestro buen proceder—contestó Camilo V... que se apresuró á poner en práctica el consejo que le acababan de dar.

La práctica de su vicio tenía muchos imitadores porque en el despacho del señor X... halló reunidos ya á varios fumadores. Cogió el teniente de navío un cigarro de los que había en una copa de bronce colocada sobre la chimenea y viendo un sillón desocupado se instaló en él. Hacía un momento que se hallaba allí con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, las piernas cruzadas y entregado por completo al placer de saborear un buen cigarro habano cuando le pareció que, á través de la nube de humo que le envolvía, descubría un rostro amigo. Púsose en pie, dió dos ó tres pasos, miró con más atención y, efectivamente, reconoció á Adriano de C... antiguo compañero suyo y de la escuela preparatoria de Santa Bárbara, condiscípulo suyo durante dos años y su vecino de clase y del salón de estudio.

No era posible que se equivocase porque Adriano conservaba aún la misma regularidad en los rasgos de su rostro, igual mirada dulce y medio velada y los delgados labios apenas cubiertos por un sedoso bigotillo, mas ¡que palidez cubría aquel rostro en tiempos dotado de vivos colores! ¡Y que demacrado estaba! En las comisuras de sus labios dibujábanse precoces arrugas, su cabello había encanecido y bajo sus ojos extendíase azulada faja. ¿Habían sido suficientes quince años para producir semejante cambio y tales estragos? «¿Habré cambiado yo como él?» se preguntó, no sin cierto temor, Camilo V... y se volvió maquinalmente hacia el espejo de la chimenea y vió con placer, después

de un rápido exámen, que no había envejecido tanto como su antiguo condiscípulo.

—Y, sin embargo,—se dijo,—no llevó una vida tan ruda ni tan accidentada como la mía; no recorrió el mundo sufriendo frios y calores ni vivió en países de clima mal sano ni tuvo que afrontar las tempestades.

Calló un momento y luego añadió:—Sí, pero muy bien pudo ser víctima de algún gran infortunio. Los sufrimientos morales afectan más á ciertas personas que el dolor físico por fuerte que sea. Quién es capaz de saber cuantas amargas decepciones, tristezas, angustias y desesperaciones pueden encerrarse en quince años.

Poco á poco fuese acercando á su amigo. Adriano de C..., sumido en sus cavilaciones, no le había visto acercarse, pero levantó de pronto la cabeza y le reconoció tendiéndole las dos manos y exclamando:

—¡Al fin te encuentro! ¡Qué dicha más grande! Hace poco preguntaba por tí á todos y me respondieron que estabas viajando lo que me apenó mucho y la casualidad hace que, después de tantos años, podamos reunirnos. No te puedes figurar cuanto lo celebro.

Sentáronse el uno al lado del otro y hablaron durante largo rato ¡tenían que evocar tantos recuerdos y decirse tantas cosas! Adriano de C... no se dió punto de descanso interrogando al oficial de marina, pues quería saber como había obtenido sus ascensos, que peligros corriera y que luchas sostuviera y de este modo hizo que le contase sus largos viajes.

Dijérase que aquellos relatos le proporcionaban como una distracción de más penosos pensamientos y que gozaba viviendo durante un momento la vida de su amigo para no vivir la propia. Llegó un momento en que Camilo V... hubo de detenerse y encarándose con aquel al que acababa de hablar le dijo:—Ahora á tu ver cuéntame tu vida.

—¡Yol!—exclamó Adriano de C... como con terror.—¡Oh! ¡Eso no!

—¡Cómo! Yo te revelé todos mis secretos y tu quieres guardarte los tuyos.

—Mi vida presente carece de interés. Me limité á seguir la carrera para la que me vistes preparar.

—Y sé que la seguistes de una manera brillante, pero durante ese tiempo te habrán ocurrido algunas aventuras y quien sabe si muchos acontecimientos grandes ó pequeños. Desde luego te diré que hace dos años me aseguraron en Tolón que te habías casado ¿eres feliz? ¿Tienes hijos?

Levantó Adriano de C... con mucha viveza la cabeza y miró con una expresión tan extraña á su amigo que éste no pudo por menos de exclamar:

—¿No te parece natural mi pregunta? ¿Te habré ofendido, sin querer, en alguna cosa?

Y como quiera que Adriano de C... no respondiese, el teniente de navío le cogió las manos con encantadora vivacidad, exclamando:

—¡Sufres y tienes alguna pena muy grande! ¿A quién confiarla sino á mí? ¿No fui en otros tiempos tu único amigo, tu hermano? ¿Acaso, porque durante tantos años estuvimos alejados el uno del otro, hemos dejado de estimarnos? ¿Olvidastes la alegría que experimentamos poco ha al encontrarnos? Una sola mirada nos bastó para reconocernos, á pesar de tan larga separación, y antes de que se cruzasen nuestras manos, nuestro corazón nos impulsó el uno hacia el otro.

—¡Ah! ¡Por qué no te habré hallado antes!—respondió Adriano de C...—Habríamos ayudado con tus consejos y quizás hasta consolado... Ahora ya no se puede hacer ni decir nada.

Y, como si tuviese miedo de que le hiciesen nuevas preguntas ó de no poder resistir á nuevas instancias, púsose en pie é hizo que su amigo le siguiese á los salones del piso principal.

Estos habían cambiado de aspecto después de abandonarlos el oficial de marina, reinando en ellos mayor animación y alegría. Terminada la cena, habían caído como por descuido algunas caretas, dejando al descubierto rostros muy lindos, mientras que tras otras dejábanse adivinar otros no menos hermosos y ciertos hombros, comprendiendo que tenían que llenar algunos deberes, iban echando, poco á poco, hacia atrás el capuchón que los cubría y aparecían desnudos y provocadores.

El dueño de la casa, viéndose sin fuerzas para resistir tantos ruegos é instancias tan continuadas, cambió el programa de la fiesta y permitió algunos valeses y rigodones.

A la charla sucedió la risa y el baile reemplazó á la intriga y al discreteo: dejó de ser una recepción y se convirtió en un baile, tanto más animado por lo tarde que había comenzado, y porque eran muchos los que deseaban tomar el desquite de las tardanzas y larga inacción.

Recorrieron los dos amigos por última vez los salones, dirigieron una postrera mirada á los grupos de bailarines y luego, de común acuerdo, se retiraron.

Recorrieron á pie la avenida de Friedland y el boulevard de Hausmann, y á las cinco de la madrugada se separaron en la plaza de la Magdalena, después de ponerse de acuerdo para encontrarse á eso de las tres en el hotel de Baden, en el que vivía á la sazón Camilo V...

El oficial de marina esperó á su amigo á la hora convenida, pero aquél no se presentó. Y empezaba á impacientarse, cuando vió entrar en su cuarto á un camarero del hotel, que le entregó una carta que hacía muy pocos minutos había llevado un mozo de cordel. Era de Adriano de C... y he aquí su contenido:

«Fuí anoche á esa casa de la avenida de Friedland con la esperanza de que la animación y el barullo de una reunión disiparian un tanto mi tristeza, mas no logré nada, y hace seis semanas que en vano lucho contra la pena

que me ahoga. París está lleno para mí de crueles y amar-gos recuerdos. Me marchó y no sé á dónde voy ni qué camino seguiré. Tú, como buen amigo, me perdonarás por alejarme sin decirte ni adiós. Tengo miedo de que me interrogues y me arranques mi secreto, y en este momento me falta precisamente el valor necesario para revelártelo, pero te prometo, querido amigo, que un día lo conocerás. Cuando esté más tranquilo y sea más dueño de mí, propóngome escribir mi curiosa y excepcional historia. Te la enviaré, y si es que crees que su conocimiennto puede ser útil á alguien, puedes publicarla, pues para ello te autorizo. No me nombrarás, tengo confianza en tu delicadeza y á nadie se le ocurrirá la idea de reconocerme, ¡qué me importa! ¿Sé lo que va á ser de mí?

Adriano de C... cumplió su promesa y publicamos el manuscrito que envió á Camilo V... y que éste tuvo á bien confiarnos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNAM
"ALFONSO HERRERA"
Apto. 1825 MONTREY, MEXICO

II

«Mi iniciación en la vida, querido amigo, parecía como que indicaba que yo había nacido bajo la influencia de una estrella afortunada. Estudié en el Liceo Bonaparte y obtuve todos los años muchos premios de honor. Me presenté en la Escuela Politécnica é ingresé en ella con el número tres. Dos años después entré en la Escuela de Ingenieros, y de ella salí con el título de ingeniero civil, y, al poco tiempo, me encargaron la construcción de un túnel en una línea nueva de ferrocarril; la tarea estaba llena de

dificultades y se presentaron muchos obstáculos, pero triunfé, conseguí renombre, y el ministro me condecoró con la Legión de Honor, cuando yo apenas había cumplido los veinticinco años.

Poco después me propusieron que hiciese un viaje á Egipto para ponerme al frente de trabajos de mucha importancia, y acepté, y en diez años hice mi fortuna. Regresé entonces á Francia con intención de gozar de ella, llevando una vida más agradable, y quizás con la idea de casarme, y aquí es donde mi estrella empieza á palidecer. Apenas manifesté que tenía el propósito de casarme, mis protectores y amigos, y sobre todo sus esposas, me hicieron mil ofertas de sus servicios, proponiéndose disponer de mi mano, para lo cual me abrumaron materialmente con incontables invitaciones á banquetes, bailes y conciertos. Me hicieron ir al campo y me presentaron á todas las jóvenes casaderas de la creación.

Era yo, en efecto, lo que se llama un buen partido, joven, condecorado, rico, no mal parecido, y sólo dependía de mí elegir entre las más encantadoras y de mejor dote. No tenía que hacer más que inclinarme para escoger, como me aseguró riendo la señora de F..., una de las parisienses más elegantes y mi más decidida protectora.

Creedlo; vacilé antes de decidirme y me di tono, diciendo: esa es fea, la de más allá tan hermosa que da miedo, aquella otra me convendría, pero tiene una familia tan numerosa, que yo parecería un jefe de tribu; la señorita A... se viste como la dama del lago; la hermosa señorita B... tiene una voz que recuerda el chillido del pavo. En una palabra, que hallé placer en entregarme á la busca de la bestiecilla, y de tal modo lo hice, que habría agotado la paciencia al señor de Foy.

Hicieron, sin embargo, nuevas tentativas; mis vacilaciones y resistencias exasperaron á mis protectoras, que juraron habían de vencer la resistencia que las oponía mi mala voluntad, y ya no presentaron á las herederas aisla-

das, sino á hornadas, de manera que yo no tenía que hacer más que elegir en el montón. Por delante de mis ojos, que, por cierto, empezaban á turbarse, desfilaron rostros pálidos y de encendidos colores; jóvenes bajitas, de mediana estatura y altas, de hombros puntiagudos huesosos y de hombros redondos; de cabellos de todos de todos los matices desde el negro azabache hasta el castaño claro; del rubio ceniciento al rubio veneciano; de labios delgados y de labios carnosos, sensuales y ligeramente entreabiertos, y, por último, narices de todas las formas y para todos los gustos. Fué una procesión inacabable, una linterna mágica perpetua, un kaleidoscopio viviente.

Pues bien, semejante desfile me irritó, me atacó los nervios y empecé á decirme que las más hermosas eran feas é insoportables las más encantadoras, de modo que en lugar de escoger entre aquellas criaturas, más ó menos divinas, las mandé á todas al demonio.

—¡Ah! Sois muy exigente, —me dijeron.—Cuidaos vos mismo de ese asunto, que nosotras no tenemos para qué mezclarnos en él.

Esto era precisamente lo que yo pedía, y en adelante, señora, al entrar en vuestro salón, no me diréis como antes: «—Mirad allí, hacia la izquierda, á aquella joven de la tercera banqueta, ¿no es cierto que es bonita? Pues bien, posee ciento cincuenta mil francos, y hay esperanzas de que ese capital vaya en aumento. Yaquella otra, la de al lado de la chimenea, tiene un espíritu endiablado y un padre millonario. Esa otra, la tercera, es un ángel. Yo la ví nacer, por lo que respondo de ella como si fuese hija mía. Esa otra...». Pero basta, señora, porque me haréis padecer un tortícolis, porque mi cabeza no es una veleta.

Volvíme al cabo un señor como todos los demás, y tuve el derecho de hablar en un rincón con un amigo, sin que algunas miradas pareciesen decirme: «—Perdéis el tiempo, joven, porque no vinísteis aquí á charlar ó distraeros, sino á ocuparos de vuestro porvenir». Pude saborear las dul-

zuras de una partida de ecarté; tuve libertad para paiadear un helado sin que ninguna dama me cogiese de la mano para presentarme á toda una patulea de jóvenes flacas ó gordas, que acababan de invadir un salón. ¡Ah! Podía respirar, y si se me autojaba casarme, lo haría, os lo aseguro, señora, sin preveniros, porque me hicisteis tomar ojeriza al oficio de casamentera.

Pasaron tres meses, durante los cuales juré á cuantos quisieron oirme, que moriría soltero.

¡Ah! ¡Si yo hubiese podido cumplir mi juramento! Pero no anticipemos los sucesos, cuya narración ire haciendo poco á poco.

En un hermoso atardecer del verano de 186... y sentado en un sillón de alambre, en los Campos Elíseos, fumaba yo filosóficamente un cigarro, cuando fueron á sentarse tres personas á poca distancia del sitio en que yo me hallaba.

Indolentemente dirigí una mirada distraída á mis nuevos vecinos, y, sin gran trabajo, reconocí que tenía delante á una honrada familia, compuesta de un padre de aspecto respetable, de una madre de mediana edad y una joven que tendría de veinte á veintidós años. Preocupados con la contemplación del gentío, que desfilaba por delante de ellos, no habían cambiado una palabra después de sentarse, y de pronto el padre se encaró con la hija, diciéndola:

—Paula, te aconsejo que cambies de silla, porque la tuya está mojada.

—No, está muy seca,—respondió con acento breve la joven á la que llamaban Paula.

—Haces muy mal, porque cogerás un enfriamiento y esta noche toserás, te lo advierto.

—Está bien, toseré.

—Vamos, hija mía, escuchame, sé razonable, pues es por tu bien por lo que te lo digo.

En vez de responder, contentóse la joven con hacer un

imperceptible movimiento de hombros, y su padre iba, á la cuenta, á insistir de nuevo, cuando su mujer le dijo:

—No hará más que lo que se le antoje; no te empeñes en convencerla, porque perderás el tiempo.

—Parece que la tal señorita Paula tiene un carácter excelente, y que el hombre que se case con ella será un mortal afortunado. ¡Y pensar que en otros tiempos tal vez formó parte de aquel famoso desfile y que me la habrán presentado como modelo de todas las perfecciones! Veamos si la reconozco.

Acerqué mi sillón, porque la elevada estatura de su padre me la ocultaba en parte, y me quedé deslumbrado.

Y, no obstante, en tiempos, en los de la procesión, había tenido ocasión de ver algunas verdaderamente hermosas, pero aquella sobrepujaba á las que lo eran más.

¡Ahl! ¡Jamás la olvidaré, amigo mío! En vano quiero dominarme y luchar contra mis recuerdos, porque, á pesar mío, evoco su imagen y ésta se me presenta en seguida y la veo adelantándose indolente, flexible y voluptuosa hasta en sus menores movimientos. No obstante ser aún muy joven, su pecho está muy desarrollado y sus caderas, redondas como las de una española, contribuyen á que resalte su talle elegante y esbelto. Su pie, nervioso y alto de empeine, coquetonamente calzado con ceñida botita de tacón alto, parece no tocar apenas al suelo. Se me acerca y todo mi sér se estremece y me embriagan los acres y misteriosos perfumes que se escapan de su cuerpo, y, antes de que hable, oigo su voz vibrante, acentuada, casi masculina. Se inclina hacia mí y la contemplo.

¡Cuánta voluptuosidad en aquellos ojazos negros medio velados por largas sedosas pestañas y rodeados de azuladas ojeras! ¡Cuánta sensualidad en sus rojos labios, un tanto recogidos, por así decirlo, sobre sí mismos y cubiertos de provocativo y finísimo bozo.

III

Todas las reflexiones que acabo de hacer acerca de la belleza de la joven, á la que me acercó la casualidad, no se me ocurrieron entonces. Limiteme á observar que mi vecina era notablemente hermosa, y no pude por menos de contemplar con cierto interés hasta sus movimientos más insignificantes. Debo confesar, sin embargo, que me pareció que no se fijaba en la continuada atención de que era objeto, pues ni una sola vez fijó en mí sus miradas ni se hizo culpable de ninguna de esas inocentes coqueterías que se permiten algunas jóvenes, hasta las más honradas.

Sus padres sostenían entre ellos una conversación mientras que la joven sin hacerles caso, dirigía una mirada distraída y soñadora á la multitud. Su espléndida belleza llamaba de vez en cuando la atención á algunos paseantes, jóvenes ó viejos, que se paraban ó bien se volvían para contemplarla, sin que esto la hiciese abandonar su apática indiferencia.

Sólo una vez la ví abandonar su insensibilidad para seguir con la mirada á una mujer rubia y bastante linda, que pasó por delante de ella. Á la cuenta la llamó la atención su tocado demasiado vistoso y se volvió para verla durante más rato.

—Está visto,—dijo su padre molesto por el obstinado silencio de la joven,—que Paula no se divierte cuando se halla á nuestro lado.

—También yo lo he observado,—contestó con tristeza su madre,—y veo que Paula no puede prescindir de la compañía de la señora de Blangy, pues se aburre cuando su amiga no está á su lado y nosotros no somos bastante para distraerla.

Esta observación, muy maternal por otra parte, causó, al parecer, cierta impresión á mi vecina que, al cabo, se dignó despegar los labios.

—Es muy natural,—dijo,—que me guste estar al lado de la señora de Blangy porque durante seis años estuvimos juntas en el convento y después ha seguido siendo mi amiga.

—No te echamos en cara esa amistad,—replicó su padre, que parecía querer hacer todo lo posible para no malquistarse con su hija,—lo único que deploramos es que entibie el cariño que debes tenernos.

—Os equivocáis, padre mío,—repuso la señorita Paula,—porque el cariño que tengo á la señora de Blangy no se parece en nada al que os profeso y no puede perjudicar á este.

—Así sea. Entonces habla un rato con nosotros. ¿Cómo es que tu amiga no nos acompañó esta tarde á paseo?

—Porque tiene gente á comer, pero me prometió que, terminada la comida, haría lo posible por encontrarnos.

—Es de temer que no nos vea, empieza á hacerse de noche y, según tengo entendido, la condesa es algo miope.

—No os apuréis por eso y tranquilizáos, que si pasa por delante de nosotras yo la reconoceré,—contestó Paula.

Esa conversación, de la que no perdí ni una palabra, porque, poco á poco, hablame ido acercando á mis vecinos, me llamó mucho la atención, porque precisamente conocía á la señora de Blangy.

Durante el invierno anterior, y en ocasionés distintas, la había encontrado en casa de la señora de F..., aquella casamentera tan tenaz, y su belleza llamádome mucho la atención.

Es más, creo que, durante muchos días, la presencia de la señora de Blangy perjudicó mucho en mi ánimo á las jóvenes casaderas que desfilaban en mi presencia, porque en cuanto se presentaba la condesa olvidaba yo, con gran desesperación de la señora de F... los bailes prometidos ú ofrecidos y abandonando mis propósitos matrimoniales ibame á un rincón á charlar con la recién llegada.

Tan rubia como morena era su amiga Paula, poseía Berta de Blangy un encanto especialísimo: en sus ojos azules reflejábanse á veces la ingenuidad y el atrevimiento: tenía su voz inflexiones de infinita dulzura y su boca, de excepcional pequeñez, dejaba entrever unos dientes blanquíssimos unos contra otros muy apretados. Su barbi-lla redonda y llena, tenía un oyuelo en el centro capaz de hacer soñar á un anacoreta. Las mujeres mismas no podían por menos de admirar sus hombros de un modelado correctísimo, y los hombres no pensaban en quejarse de que, á veces, los dejase en exceso descubiertos.

Admiraba y encantaba su ingenio vivo, siempre preparado para la réplica y fertil en ocurrencias de todos géneros y clases. Armada siempre con un *impertinente* se os acercaba de pronto y os hacía con su aire imperioso una pregunta de las más atrevidas á la que seguía casi inmediatamente una observación que habría hecho ruborizar, por lo inocente, á una colegiala.

Era, en una palabra, una mujer de lo más seductor que imaginarse puede y de tal manera me sentí atraído hácia ella que un día me atreví á confesárselo. Acercóseme mucho, miróme á través de los cristales de su *impertinente* y me dijo:

—Perdéis lastimosamente el tiempo, señor mío, pues he tenido un marido que fué lo suficiente para que tomase aversión á todos los hombres y, por tanto, no tengo deseos de remplazarle.

En vez de las palabras «he tenido un marido» pudo haberme dicho «tengo un marido» porque, según se decía, el

conde de Blangy vivía aún en algún apartado lugar de Francia ó del extranjero. Hombre rico, de linajuda nobleza, muy considerado en la buena sociedad, agregado al ministerio de Negocios Extranjeros, en el que le alababan como persona de mérito, habíase encontrado, hacía dos años, en un salón de la Chaussée de'Antin, ante Berta y Paula, las dos inseparables, las dos amigas y compañeras del convento, la rubia y la morena, como las llamaban.

Impresionóle la belleza de las dos jóvenes; preguntó sus antecedentes é hizo que le presentasen á las familias de ambas y durante mucho tiempo dudó y vaciló entre la rubia y la morena y, al cabo, decidióse por la primera, casándose con ella. Transcurrieron seis meses y durante ese tiempo los amigos del conde de Blangy pudieron observar que el rostro de éste sufría graves alteraciones, operándose al mismo tiempo un cambio radical en su carácter. Volvióse taciturno, mostrábase triste y sólo se presentaba de vez en cuando en el despacho del ministro, en el que estuvo por última vez durante el invierno de 186... para pedir una licencia ilimitada, estrechar la mano á algunos de sus colegas, á los que anunció que iba á emprender un viaje que debía durar algunos años.

Y, en efecto, márchose tres días después y no se supo jamás á que lugar se había dirigido.

En la alta sociedad se hicieron muchos comentarios acerca de aquel viaje tan precipitado, seguido de una completa separación, á los seis meses de celebrado el casamiento.

Quisieron algunos explicar la conducta del conde sosteniendo que había experimentado crueles decepciones en su hogar y que se alejaba de este sin gritos ni recriminaciones y obrando como un verdadero caballero al abandonar á una mujer indigna de él. Semejantes suposiciones no se apoyaban sobre ninguna prueba, no existía hecho alguno en qué fundamentarlas y, por su parte, el conde de Blangy no pronunció ni una sola palabra que pudiese

perjudicar en lo más mínimo la consideración de que disfrutaba su esposa.

Si ésta tenía modales un tanto excéntricos, en cambio, la malevolencia no pudo jamás hacer presa en su conducta. No recibía á solas la visita de ningún hombre y solo se la veía salir acompañada de la señorita Giraud.

Tal era la persona á la que mis vecinos de asiento estaban esperando, y que tardó poco en presentarse entre los paseantes.

Antes que los que me rodeaban la ví acercarse dando el brazo á un señor anciano al que, tal vez, había rogado que la acompañase hasta allí y del que se separó tan luego se hubo reunido con sus amigos, entre los que penetró con mucha algazara, besando á la señorita Giraud en las dos mejillas, sentándose después á su lado y á alguna distancia de los padres de ésta.

Hubiera querido cojer al vuelo alguna frase de la conversación de las dos jóvenes, pero, como hablaban en voz muy baja, no pude satisfacer mi curiosidad.

A la media hora pusiéronse en pie mis vecinos y se alejaron por la avenida de los Campos Elíseos, poco menos que desierta á aquellas horas.

Echó á andar la señora de Blangy apoyándose en el brazo de Paula y tras ellas lo hicieron los señores Giraud.

Cuando me quedé solo me levanté también marchándome al Circo ecuestre, en el que presencié los últimos ejercicios, retirándome después á mi hogar de célibe.

Aquella noche no pude apenas pegar los ojos, pues me persiguió durante largas horas el recuerdo de la hermosa Paula, habiéndose grabado ya tan profundamente, como hoy lo están, en mi memoria todos y cada uno de los rasgos tan acentuados de su rostro pareciéndome además, que aún resonaba en mis oídos embelesados su voz vibrante, varonil. Figurábame ver también sus ojos, unas veces de mirada atrevida y otras de languida velada por las sedosas pestañas, y hasta me repetía sus menores palabras.

Lo que más me chocó fué la animación con que habló con la condesa y el destello de alegría que iluminó su mirada al ver á esta y me dije que una joven que profesaba de tal manera la amistad debía sentir de una manera poderosa el amor y que su corazón encerraba tesoros de cariño y ardores contenidos pero dispuestos á manifestarse al presentarse ocasión.

Lo que me fué dable adivinar, al observar un rasgo de su carácter descontentadizo, me embelesó en vez de hacerme meditar y me dije que todas las jóvenes que en tiempos me presentara la señora de F... eran, según ésta, modelos de candor y de virtud, ángeles que, por equivocación, vivían en la tierra. Este contacto continuo con tanta y tanta virtud llevome en ocasiones á pedir que se presentase alguna joven que tuviese algún defecto físico ó moral, y hasta puedo asegurar que había deseado algún vicio ó defecto que no fuera muy desagradable lo cual bastara para arrancarme de mi indiferentismo, más nunca lo gré que se me complaciese en esta parte, pues la señora de F... empeñábase en poner en las nubes á todas sus protegidas dotándolas hasta de alas, por lo que no me quedó más remedio que resignarme. Esto contribuyó muchísimo á que me quedase muy satisfecho por haber encontrado yo personalmente, tan anhelada imperfección en una joven casadera.

Al cabo y á eso de las cinco de la madrugada pude quedarme dormido diciéndome en mi fuero interno que á no haber hecho juramento de permanecer soltero toda la vida, la señorita Paula Giraud me habría convenido por más de un concepto.

Al día siguiente, y en los sucesivos, me acordé mucho de mí preciosa vecina y confiando en que podría volverla á ver estuve varias veces en los Campos Elíseos, mas no logré mi propósito.

A la vez que esto ocurría sucedía que, poco á poco, y como si no me diese cuenta de ello, ibanse desvaneciendo

mis ideas de condenarme á un celibato perpetuo y me repetía que, en realidad, no tenía motivo alguno para odiar el matrimonio y hasta fui hallando pretextos mil para decirme que la vida de soltero era verdaderamente insopor-table; la planchadora no se esmeraba lo suficiente con mi ropa, mis criados me servían mal y mis comidas no eran todo lo apetitosas que tenía derecho á esperar y además me robaban, en una palabra, que me convencí de que era indispensable que una mujer gobernase mi casa.

Al mismo tiempo hacíase cada día más triste y pesada mi soledad y comprendí que había llegado el momento en que debía crearme un hogar y una familia.

Después de pasar una semana entre luchas y vacilaciones resolví, al fin, dar el paso que parecían indicarme las circunstancias: fuime un día á la calle de Caumartin á visitar á la condesa de Blangy.

IV

Hallé á la señora de Blangy sola en su salón. Sucedió esto á eso de las tres de la tarde, que fué la hora en que la anunciaron mi visita.

Al verme entrar, exclamó:

—¡Creía que os habíais muerto!

—Todavía no, condesa, pero ¿en que se funda semejante creencia?

—En que como hacía tanto tiempo que no os veía se me figuró que era posible hubiese sucedido eso.

—Pues yo me figuraba, señora, que estaríais veraneando y no podía tener la esperanza de...

—Y si me crelais ausente,—me dijo interrumpiéndome —¿qué motivo hay para figuraros que regresé?

—Que tuve el placer de veros hace unos días en los Campos Elíseos.

—¡En los Campos Elíseos! Es cierto, estuve allí la pasada semana y como entonces se explica el que no me saludáseis?

—Era anochecido y no habíais podido verme.

—Es muy posible porque soy muy corta de vista.

—Esto aparte de que os hallábais en compañía de una familia á la que no tengo el honor de conocer.

—¡Ah! Ahora recuerdo... sí, es cierto, estuve allí con los señores Giraud. Somos muy amigos.

—Así lo creí al observar la gran impaciencia con que os esperaban, sobre todo aquella joven tan hermosa que estaba hacia rato muy impaciente por que tardabais bastante.

Eché mano la condesa á su impertinente, y mirándome á través de sus cristales, replicó:

—Paula Giraud es mi mejor amiga.

—Envidio esa amistad que os honra mucho, porque la señorita Giraud es verdaderamente muy linda.

—¿No es verdad que lo és y mucho?—dijo con mucha viveza la condesa como si la agradase el oír ponderar á su amiga.

Calmóse de pronto, sin embargo, y me preguntó:—Pero ¿es que os agradan ahora las morenas?

—Siempre gocé, condesa, contemplando lo que en realidad puede decirse que es bello.

—Conformes, más, si mi memoria no me es infiel, recuerdo que durante el invierno pasado érais partidario de las rubias y así lo demostrásteis.

—¡Que queréis! Las rubias no quieren hacer caso de mis demostraciones.

—Puede que hayan hecho mal, ¿y fuisteis más afortunado con las morenas?

—Tuve la fortuna de hallar una que me encantó, más esa no me conoce.

—Quien sabe si con eso habréis adelantado más camino—díjome la condesa de Blangy con su acostumbrada impertinencia y á continuación añadió:—Y esa morena ¿es la señorita Paula Giraud?

—¡Señoral

—Vamos, no hagáis el inocente y no tratéis de ocultarme vuestro juego ¿acáso no adiviné cual era el objeto de vuestra visita? Pasáis más de seis meses sin dar señales de vida y sin dignaros siquiera dejar una tarjeta á mi portero y de improviso caéis en mi salón como un bólido y enseguida, á las primeras de cambio, pronunciáis el nombre de mi amiga deshaciéndoos en elogios de ella; ¿Os creéis que soy una niña inocente? Convenid en que desde el primer momento os impresionó mucho la belleza de Paula y que, como estáis dominado por la monomanía matrimonial, venís á mí para que os dé informes acerca de mi amiga la señorita Giraud, ¿és ó no exacto?

—Esa es la verdad, condesa.

—Vamos, es preciso confesar que, al menos, sois franco. Está bién, hablemos. Paula acaba de cumplir veintidós años; es linda, tiene talento, pero al mismo tiempo es muy amiga de hacer su voluntad. Os lo digo porque pudisteis apercibirlos de ello antes de que yo os lo asegure. Por último, sus padres no pueden dotarla ni poco ni mucho.

—Detalle es ese que para mí no tiene importancia alguna.

—Confieso que me sorprendéis.

—Trabajé sin tregua ni descanso hasta hoy solo para poderme casar con una mujer que sea de mi agrado,—proseguí sin hacer ningún caso de la interrupción,—así que jamás conté con su fortuna. Por eso no deseo ocuparme más que de sus condiciones y de la respetabilidad de su familia.

—Por lo que hace á Paula tiene, á mi entender, muchas

y muy buenas cualidades,—díjome la señora de Blangy con sonrisa casi burlona,—y no obstante bien pudiera suceder que su marido no supiese apreciarlas.

—¿Porqué, señora?

—Los hombres son muy raros. Pero continuemos: la honradez de la familia Giraud es indiscutible. La señora Giraud es una mujer excelente, benévola, indulgente, incapáz de creer en el mal, y de una condescendencia exagerada con su hija. El señor Giraud, jefe de negociado en la administración de una empresa importante, sale de su casa á las nueve de la mañana, vuelve á las seis para comer, y pasa las veladas en el círculo, cuando no tiene obligación de volver á la oficina. A fin de mes, lleva á su casa el sueldo, del que se reserva una pequeña parte para sus gastos particulares y no se ocupa de nada más. Es un hombre honrado, pero tan corto de alcances que no ve más alta de sus narices.

—¿Pero deja de ver algo?—le pregunté.

—No digo eso: empleé una frase vulgar y muy usada, que pinta gráficamente el carácter del señor Giraud. ¿Tenéis bastantes noticias ó necesitáis más pormenores? Preguntad sin reparo, pues dispuesta estoy á ser condescendiente, por que el tiempo anuncia agua y no me molestan los nervios; creo en la amistad y tal vez os haría un buen servicio aconsejándoos; voy, pues, á darle un consejo.

—Que acepto con mucho gusto.

—Volved cuanto antes á casa de la señora de F... en la que os encontré el año pasado, y decidla: «Señora; debéis tener otra hornada de muchachas casaderas, ¿seréis tan buena que me las presentéis? Os prometo decidirme esta vez.»

—En otros términos, condesa,—observé,—me aconsejáis que no piense en la señorita Paula Giraud.

—Os aconsejo únicamente, que volváis á la casa de la señora de F...

—Porque la señorita Giraud no forma parte de la hornada.

—Lo que queráis. Ya he dado el consejo ¿lo seguiréis?

—Desearía saber antes, si este consejo es desinteresado.

—¿Que queréis decir, caballero?—preguntó con alguna viveza la condesa.

—Por Dios, condesa, el sentimiento que supongo os inspira es muy natural. Cuando se tiene una amiga íntima, siempre disgusta ver que casa, ya no pertenece tanto como antes á la amistad y amenudo se pierde la influencia que se tenía sobre ella, y escapa el corazón que puede llegar hasta el olvido.

—¡Oh! no dudo de Paula, que continuará queriéndome.

—Y tendrá razón, señora,—repliqué—y eso es una prueba en su favor.

—Entonces,—continuó Berta de Blangy—todo lo que vengo diciendo desde hace una hora, lejos de hacerlos renunciar á vuestros propósitos, os ratifica más en ellos?

—Yo creo que...—balbuceé.

—Soy una buena mujer y contra mis costumbres os doy un excelente consejo y en vez de seguirlo, tratáis de averiguar los motivos más ó menos interesados lo dictan.

—Pero...

—Me pusisteis nerviosa, señor mío: justo es que me desahogue. Desde luego me permitiréis que os observe, pues, gracias á mi miopía, me parece que no os conozco. Hace tiempo me hicisteis la corte, pero os confesaré que si no acepté esas galanterías fué porque había tomado una resolución; lo cual no debe molestar vuestro amor propio. Hoy se trata de la felicidad de mi mejor amiga y no tengo el derecho de mostrarme indiferente.

Y, sin aguardar ni pedirme mi consentimiento, la condesa calóse los lentes, se aproximó á mi y me inspeccionó.

—Los rayos son finos, distinguidos,—dijo al cabo de un instante—sois lo que se ha convenido en llamar, un buen mozo.

Y, al irme á inclinar para darle las gracias, continuó en estos términos:

—Después de haber hecho justicia á las perfecciones físicas, debo añadir que sois de esos hombres venidos al mundo para ser amados tranquilamente, con cordura, por una buena muchacha, pero que deben renunciar á inspirar una verdadera pasión. Las mujeres no se enamoran violentamente más que de hombres de una fealdad extraordinaria ó de una belleza acentuada y enérgica. Mira-beau ó Dantón: he ahí los tipos de esa belleza. No os parecéis ni al uno ni al otro, y no debéis por tanto pretender más que afecciones tranquilas. Bajo este punto de vista, sois el marido que conviene á mi amiga Paula.

—¿Cómo entendéis eso?—la pregunté.

—Lo entiendo á mi manera. Entendedlo como mejor os cuadre.

—Queréis decir, sin duda,—insistí—que entre marido y mujer no es preciso amarse locamente.

—No quiero decir nada. Continuemos el examen; ahora se trata de lo moral. ¿Me prometéis responderme con franqueza? Tened presente que se trata de vuestro porvenir y del de mi amiga.

—Prometo decir la verdad, y nada más que la verdad.

—¿Fulsteis buen estudiante?

—Excelente: siempre he ganado los premios en mi clase.

—Formaríais parte de esos que se llaman aplicados.

—Sí, señora, lo confieso.

—Y terminadas las clases, habréis llevado en París la vida del soltero.

—No he tenido tiempo, señora: enseguida entré en la Escuela politécnica.

—Muy bien, pero cuando salisteis...

—Ingresé enseguida en la Escuela de puentes y caminos.

—Mejor, que mejor. ¿Y después?

—Estuve dos años en provincias, construyendo un túnel.

—Perfectamente: ¿y construido el túnel...?

—Marché á Egipto en donde he vivido diez años ocupado en abrir canales y trazar caminos de hierro.

—Entonces, vuestra existencia ¿fué la de un anacoreta?

—Casi, casi.

—No os ruboricéis. Los anacoretas tienen mucho mérito.

La sonrisa burlona, que desde hacía un instante se dibujaba en los labios de la condesa, desapareció; púsose seria y me dijo:

—Del exámen de conciencia que os hice hacer, amigo mío, y al cual os prestásteis gustoso, se desprenden las conclusiones siguientes, como dice mi abogado: Sois un buen hombre, una persona honrada que merece ser dichosa. Insisto en mi consejo y esta vez me lo dicta el corazón.

Os aconsejo que volváis á casa de la señora F... para contarla nuestra conversación, y casaros lo antes posible con la menos gruesa de sus protegidas. Si, á pesar de todo no queréis escucharme y persistís en el proyecto que os trajo á esta casa, entonces me lavaré las manos, y es probable que aconsejaré á Paula que se case de todos modos, teniendo ella necesidad de casarse más tarde ó más temprano, nadie mejor que vos puede ser su esposo. Sobre este asunto, he dicho lo que tenía que decir. Hasta la vista, y buena suerte; vuestro destino está en vuestras manos.